

vivientes. Es un esfuerzo creador del pensamiento científico que nos permite comprender los mecanismos que han operado en el cambio de las especies a través del tiempo; base de una EVOLUCIÓN ORGÁNICA, que significa que "los seres vivientes pueden cambiar; que la constitución genética de las generaciones sucesivas de una especie puede modificarse a lo largo del tiempo; que los animales y las plantas actuales descienden de otras especies ya desaparecidas de la superficie terrestre (Glavic y Capurro, l. c.: pág. 79).

## LITERATURA CONSULTADA

1 Anónimo: *El Centenario del Mendelismo*. Editorial del Endavour, Vol. xxiv (91), Londres, enero de 1965.

2 Driesch, Hans y colaboradores: *Das Lebensproblem im Lichte der modernen Forschung*. . . : 194, 244, 432, 281, 268, 412, 307, Leipzig, 1931.

3 Glavic, Natalio y Capurro, Luis: *Grandes Principios Unificados de la Biología*. Santiago, 1965.

4 Herting, Oscar: *Allgemeine Biologie*. Tercera edición, págs. 407-416, Jena, 1909.

5 Jessen, Karl F. W.: *Botanik der Gegenwart und Vorzeit in Kulturhistorischer Entwicklung*. . . Leipzig, 1864.

6 Mendel, G.: *Versuche über Pflanzenhybriden*. Zwei Abhandlungen (1866 und 1870). . . en Ostwald's Klassiker der Exakten Wissenschaften; Número 121, Leipzig, 1913. Publicado por Erich von Tschermak.

7 Reinke, J.: *Philosophie der Botanik*. Leipzig, 1905.

8 Schallmayer, Wilhelm: *Verebung und Aulese*. Cuarta edición, págs. 34-71, Jena, 1920.

## EPILOGO AL OFICIAL DE ESTADO MAYOR GENERAL PRUSIANO

por GUSTAV HILLARD

El oficial del Estado Mayor General prusiano nació la tarde del 16 de junio de 1815 en que el Jefe del Estado Mayor General de Blücher, Gneisenau, decidió en Ligny, después de la derrota, avanzar sobre el campo de batalla de Waterloo.

Algo de una novedad inaudita en la historia de las guerras había ocurrido. Un jefe de Estado Mayor había decidido una operación bajo su responsabilidad. Hasta entonces había sido de la competencia de un jefe de Estado Mayor la redacción de las órdenes, la localización y disposición de campamentos y defensas atrincheradas, el interrogatorio de prisioneros y tráfugas, la ordenación de los refuerzos y otras medidas por el estilo. Era la suprema autoridad burocrática del general en jefe, tal como, durante una década, lo fue Berthier de Napoleón, hasta el día en que saltó por el balcón del castillo de Bamberg.

El jefe de Estado Mayor prusiano no surgió, pues, en virtud de una orden y un decreto, sino merced a un acto de libre decisión personal en el marco de un dnuivnato (Gneisenau-Blücher). En ello reside la grandeza y la extraordinaria eficacia del Estado Mayor prusiano, más también su peligro. Pues el riesgo del fracaso incluía necesariamente a una institución, que, sobre la base de una relación de confianza personal, atribuía a un subordinado poderes de la más alta responsabilidad y de máximo carácter de decisión. La participación del oficial de Estado Mayor era en tales trances incierta y siempre anónima. Si el ungüento de Samuel había ungido al general en jefe o al oficial de Estado Mayor, era algo que se mantenía reservado. Esta relación personal secreta diferenció también más tarde al Estado Mayor alemán de los Estados Mayores de otras naciones, para las que, en lo demás, llegó a constituir dechado.

En el margen de un escrito de Federico Guillermo III replicó Gneisenau que la seguridad del trono estaba

fundada en "poesía". ¿Había fundado en "poesía" igualmente Gneisenau la seguridad del Estado Mayor?

Descendiente por su padre de una familia de militares austríacos y de una familia de militares bávaros por su madre, tras un período de servicio en las fuerzas armadas austríacas, de Ansbach y angloamericanas, ingresó Gneisenau, a los veintitrés años —el año de la muerte de Federico el Grande— en el ejército prusiano. Pertenece, pues, a la magnífica serie de prusianos por elección. Mientras hoy sólo se puede ser prusiano como se puede ser griego, eligiendo el país con el alma, los prusianos por elección se decidieron entonces por un Estado que era una estructura en virtud de una voluntad histórica, sin origen nacional y no mantenida por una idea nacional, sino por un ethos estatal siempre en demanda de sus medidas entre la ley y la libertad. Kant fundamenta la compatibilidad prusiana de ley y libertad, por abstracción filosófica, en forma de teoría y Kleist resuelve la relación, con sus tensiones en forma poética ("Príncipe de Homburg").

De los creadores del tipo del oficial prusiano de Estado Mayor —Gneisenau, Clausewitz y Scharnhorst— Gneisenau, al poder aún tener contacto personal con Federico el Grande, tuvo ocasión de conocer el carácter y el estilo, que según expresión de Nietzsche otorga peligrosa libertad al espíritu, pero le echa firme valla al corazón. Sin embargo, él mismo no pertenecía ya a la Ilustración, sino a la época de la personalidad. "Poder desarrollar, adquirir y exaltar la libertad individual, hace milagros". El milagro lo había hecho él mismo cuando en Ligny, con su decisión, convirtió la derrota en madre del triunfo y salvó la libertad de Europa. Es el "soldado culto", que, según el Diario de Otilien, debe tener, tanto en la vida como en la sociedad, las máximas ventajas. Se cuenta entre los admiradores de Goethe, según atestigua la carta de Wilhelm von Humboldt a Carolina. Y es un

diletante de las artes: hace versos, toca la flauta, representa teatro como afición, y como antiguo estudiante de matemáticas y arquitectura, erige el sepulcro de un amigo. En el cuartel general del Ejército de Silesia hace leer dramas en las noches libres. Es una "naturaleza" que "a sí misma se piensa rectamente", según la máxima goethiana.

El autodidacto Clausewitz, que siendo un muchacho de quince años es ya oficial y compone versos en el tono de la lírica de ideas de Schiller, personifica, con la mayor pureza, el concepto de cultura del idealismo alemán. Sólo conoce a Kant, ciertamente, a través de la versión popularizada de Kiesewetter, tropezamos, no obstante en él, con conceptos afines a los de la "Crítica del Juicio". Su poco leída obra "Sobre la guerra" —muy frecuente y falsamente citada, sin embargo— es un tratado que se orienta en el sentido de la totalidad de la cultura —cultura en el sentido comprensivo de la época de Goethe— y que sobre el tema bélico despliega, con dialéctica inteleción y diáfana elocuencia, una urdimbre de relaciones, determinadas inequívocamente y de fuertes distingos conceptuales.

Frente a su acusado y fogoso carácter parece seca y austera la figura de su maestro Scharnhorst. En el hijo de un rústico de la baja Sajonia se unían diversos elementos culturales en disciplinada contención y equilibrio. Le placía la lectura de Goethe, del "Wandsbeker Bote" (1) y de los "Pensamientos nocturnos" de Young. Podía hablar "con vehemencia y complacencia" sobre arquitectura y en los discursos históricos y pedagógicos prefería la prueba histórica, siempre a su disposición en las arduas negociaciones que exigió su gran obra de reforma.

En ésta se incluye también la "Escuela General de Guerra", que franqueó el atrio al Estado Mayor. Su fundación fue la acción paralela, en lo militar, a la fundación de la Universidad de Berlín por Humboldt. Debería mantener vivo el vínculo con el general movimiento espiritual de la nación. Había sido, pues, concebida sobre la base de la idea universal de la cultura del humanismo alemán. En el plan de estudios establecido por Boyen, discípulo de Kant, figuraba, como asignatura esencial, la historia. Debía enseñarse, como historia, la conexión de sociedad, constitución y administración del Estado, pero, con esto, debería infundirse también lo mejor que de ella tenemos después de los "Años de peregrinaje" (2): el entusiasmo. Seguía en importancia a la enseñanza de la historia la de las matemáticas como adiestramiento para pensar y juzgar.

Plan de estudios y programas de la Escuela General de Guerra confirman, con toda la claridad deseable, los orígenes del oficial prusiano de Estado Mayor como un hijo de la época alemana de la cultura sobre la base de la idea prusiana del Estado.

Por eso se hace más visible, en su evolución para conver-

tirse en Academia de Guerra, la torna de los tiempos, que, tras la muerte de Goethe, Hegel, Stein, Gneisenau y Clausewitz, se inicia con la revolución industrial y técnica. Un pensamiento integral de finalidad valorizó la ciencia según su virtud práctica y su aplicabilidad pragmática en el raudó proceso de la especialización del trabajo.

De todas las escuelas especiales superiores fue la Academia de Guerra la que primero, y en forma más decisiva, renunció al vínculo con lo "general" y emprendió el moderno camino del profesionalismo. Hacia principios de siglo la historia había descendido a la categoría de asignatura civil secundaria que en los exámenes finales no era cotizada, ni valorizada. Y la matemática se había convertido en asignatura voluntaria, preparatoria de la sección trigonométrica de cartografía. En cambio, las asignaturas puramente profesionales se situaron en una categoría de exclusividad. Las nupcias entre Marte y Minerva de comienzos de siglo acabaron así, a fines de siglo, en divorcio.

En la Academia de Guerra nadie pensaba ya en clases sobre la teoría de la guerra, ni sobre sus problemas espirituales, históricos y económicos, ni sobre la relación entre la política y la conducción de la guerra. La clásica definición de Clausewitz de que la guerra "es una continuación de las relaciones políticas con la mezcla de otros medios", no era debatida ya, por lo tanto. Ciertamente, se había incrustado ya en la mentalidad del Estado Mayor General durante las guerras de unificación el criterio de que el político debe callar mientras las armas hablen. Este punto de vista se vio respaldado por la falsa cita "la guerra es la continuación de la política con otros medios". Con ello, al que dispone de los otros medios, es decir, al soldado, parece corresponderle también la opción a dirigir la política, mientras "el inmiscuirse de otros medios en la continuación de las relaciones políticas" dejan claramente la dirección en manos del estadista. Como tampoco en el Estado Mayor se restableció una introducción al estudio de las altas relaciones del Estado, se mantuvo un desconocimiento y una inseguridad, de grave carácter, sobre la relación recíproca entre la constitución del Estado y la constitución del poder militar. No era algo consciente y presente para el oficial de Estado Mayor el hecho de que en Prusia la revolución política se había consumado en el ejército. Tanto la oposición regional, civil, como la liberal, habían visto muy bien entonces que la introducción del servicio militar obligatorio por Scharnhorst y Boyen significaba una revolución que a la larga no podía dejar de tener consecuencias democráticas en lo político, aunque la restauración creyera poder desentenderse de las secuelas. Gneisenau había hablado del contingente militar de las reservas populares como de una posible "rebelión en masa", habiendo denunciado por ello Napoleón a los

reformadores prusianos como jacobinos. El líder socialista francés Vaillant, había interpretado así, retóricamente, el lógico nexo entre constitución política y régimen militar: "Queremos al mismo tiempo, la nación civil y la militar, queremos ciudadanos que a la vez cumplan sus deberes civiles y sus obligaciones militares, ejércitos del sufragio universal aptos tanto para el voto como para el fusil". Paradójicamente la parcial y especializada preparación profesional dejó al oficial de Estado Mayor ignorante de las premisas políticas de las que sería derivación el más actual y arduo problema de su oficio: la conducción de masas. Amenazaba la tradicional estructura de personalidad de su carácter en aras del régimen de especialización profesional. El funcionamiento de éste, sin el mínimo tropiezo, exigía uniformidad en el pensar, en el lenguaje y en la forma del mando. Por eso, a pesar de las prescripciones en contra, el moderno adiestramiento del Estado Mayor debería traer consigo la formación de un tipo normativo. Se estableció así entre la obligación de someterse a norma y el ideal de personalidad del sentimiento anónimo de independencia y responsabilidad, una contradicción de solución difícil.

¿Cuál fue, entonces, en la existencial metamorfosis que acarreó el tránsito del tipo de formación universal al tipo profesional especializado la constante esencial del oficial de Estado Mayor prusiano-alemán?

La semilla de este esencial carácter, caída en el humus de la historia por la espontaneidad de una genial decisión, arrojó fruto medio siglo después, nuevamente, en el medium humano de la dualidad Moltke-Guillermo I. No intentaremos tratar aquí de la significación de Moltke en lo que se refiere a la reforma y organización definitiva del Estado Mayor General, que elevó a la categoría de dechado para el mundo: sólo nos referiremos al paradigma que significó para el oficial de Estado Mayor prusiano. Moltke mismo escribe sobre su dirección anónima en la guerra Franco-Prusiana: "Como en la guerra cada paso está vinculado al peligro, se mantuvo al cabo, exclusivamente, lo propuesto (por mí)". En el fondo de estas orgullosas y modestas palabras se presiente *le grand air*, el fluidum, la dualidad Jefe de Estado Mayor-General en Jefe. Es la reciprocidad de una imponderable cortesía por la que el subordinado algo tiene de un rey, como el Kottwitz de Kleist algo tiene de un Gran Elector. Bien transcurrida una generación, cuando hacía ya mucho que imperaba el criterio profesional como integridad, la admonición de Schlieffen, Jefe del Estado Mayor General, pide atenderse al anonimato como virtud de la institución: "Hacer mucho, exhibirse poco. Ser más de lo que parece".

Producían el efecto de una escenificación de esta viril máxima las oficinas del Gran Estado Mayor General en la Königplatz de Berlín. Cuando las vio el Ministro de

la Guerra inglés Haldane, en 1912, con motivo de su fracasada misión para llegar a un acuerdo naval anglo-alemán, el asombro que le produjo su ascetismo no tuvo límites. Es seguro que cualquier pequeño empleado de Banco se negaría hoy a trabajar en un bureau amoblado con una mesa resobada, algunas sillas de duro asiento y un armario de hierro.

La entrañada máxima de Schlieffen se atenía al principio de un ascetismo de la intimidad. Exige un tacto de la modestia, del dominio de sí mismo y del secreto, capaz de invalidar los antagonismos personales. Su contraste polar es el miles gloriosus jactancioso, aplastante y empenachado. Pero en el exponente de la máxima de Schlieffen alientan también un enigma, una sabia experiencia y una promesa inteligente: el dulce secreto del poder anónimo. Otorgaba al oficial de Estado Mayor el usufructo de una fuerza al mismo tiempo oculta y abnegada. Claro que las naturalezas ostentosas podían sucumbir a la oscuridad del poder anónimo, pues ya las palabras de Mefistófeles nos dicen: "Deja que el Estado Mayor se preocupe, / Y estará el feldmariscal resguardado". Semidioses llamaba Bismarck a los que creían llevar oculto y resguardado también al político.

El lenguaje como fisonomía del espíritu alude inequívocamente a su origen. Moltke y su anciano rey estaban más cerca del humanismo alemán que las nuevas fuerzas políticas, cuyo apremio de unidad nacional satisficieron. Léanse en parangón las descripciones de los viajes de Turquía e Inglaterra por Moltke y la Campaña de Francia de Goethe o la Historia de la Guerra Franco-Prusiana de Moltke y el relato del ataque nocturno a Marienbom de Goethe y sorprenderán la semejanza de la entonación y la pulsación de su estilo objetivo. Del lenguaje clásico que hablaban y escribían los oficiales de la época de la Ilustración procede el alemán del Estado Mayor con la sobriedad, la exactitud y la forma directa de sus frases reducidas a la cristalina diafanidad de las cosas.

En el más alto grado de la jerarquía del Estado Mayor, en el Jefe del Estado Mayor General del Ejército, se evidenció también en la dualidad Moltke-Guillermo I en virtud de que una posición personalmente tan inasible como la del oficial de Estado Mayor podía cobrar una suprapersonal seguridad institucional. La recibía, en realidad, del monarca como Jefe militar supremo, cuya intangible autoridad respaldaba la decisión y la responsabilidad anónimas.

En la Primera Guerra Mundial el Jefe militar supremo renunció a esta autoridad y a esta misión. Cuando el transcurso de casi dos años demostró que la coordinación histórica Jefe de Estado Mayor-Monarca no se restablecería, intentó el Estado Mayor reemplazarla por el *duvirato* Hindenburg-Ludendorff, en el que el Mariscal representaría al Jefe militar supremo y el Jefe

del Cuartel General representaría al Jefe del Estado Mayor. Ahora bien, en esta artificial construcción no sólo faltaba la piedra angular de la estructura del Estado Mayor, el respaldo de las decisiones anónimas por la autoridad de la Corona, sino el ensamble del estadista a cuyo cargo estaría o debería estar la dirección política. La representación de éste por el Jefe del Estado Mayor General rebasaba la capacidad de su severa formación profesional, lo que se delataba en la falta de visión para la relación entre la política y la conducción del ejército, en la falta de sentido para las repercusiones políticas de las decisiones bélicas y en la falta de comprensión para los imponderables, tanto en el frente como en la patria.

En esta forma quedaron socavadas, ya en la Primera Guerra Mundial, las bases de las difíciles condiciones de existencia del viejo tipo de Estado Mayor. Desde arriba, al fallar la Corona, se hizo vacilar su institucional seguridad. Desde abajo veía amenazadas sus despersonalizadas normas por la sumisa conducción de ejércitos de masas.

El desastre de 1918 impidió que se pensara ya en un análisis de este problema. Quedó indecisa la cuestión de hasta dónde el viejo tipo podría ser llevado a la altura de las nuevas experiencias y las modernas exigencias. Pues, tanto sociológica como institucionalmente le faltaba ya el suelo bajo los pies al oficial alemán de Estado Mayor. En la jerarquía de la sociedad monárquica que atribuía al oficial las prerrogativas del primer estado a pesar de que hacía mucho tiempo que tal régimen de estratificación social no existía, era inherente al oficial de Estado Mayor un papel de protagonista. La predestinación, como un deber por decisión propia, a la alta representación que la opinión nacional le atribuía sin conocer a fondo su situación problemática, había sido en realidad impedimento para que representara su papel en la forma elegante y desenucleada que un día ya lejano exigió el Príncipe Eugenio (3) a sus oficiales: "Caballeros: debéis ser siempre un modelo, pero en forma tan leve y graciosa que nadie os lo pueda reprochar".

En virtud de las imposiciones del Tratado de Versalles el Estado Mayor General había dejado de existir institucionalmente. Pero un ejército sin Estado Mayor es como un cuerpo sin cabeza. Incluso la estructura de un ejército profesional tan pequeño como la Reichswehr necesitaba un servicio del tipo, en alguna forma, del Estado Mayor. Al estar prohibido como institución el Estado Mayor, su actividad debió ser disimulada y su formación técnica impartida secretamente. Con otras palabras: el anonimato personal de un comportamiento íntimo ha-

bía sido reemplazado por el anonimato general de la institución.

El régimen nacional-socialista puso fin a este anonimato e introdujo una organización nueva. Pero la inestabilidad dinámica y el carácter proteico de su modo de gobierno no permitió la formación de un orden individualmente garantizado y digno de confianza que hubiera podido ser armazón y asidero para la constitución de un nuevo Estado Mayor General para un ejército de masas, de nivelación y de técnica. El carácter de la dictadura era diametralmente opuesto a la tradicional aspiración del Estado Mayor en el sentido de una decisión y una responsabilidad personal y anónima. Para la idea de una relación de comunicación, de simpatía, que debería consumarse idealmente por las alturas en la rara reciprocidad de dos personas, no había lugar en el verdadero desafío, en la personal arrogancia de una tiranía. La ética de solidaridad característica del Estado Mayor con su fe en el rango, en la distancia y en el lugar —en este orden sucesivo—, así como en una conducción caballerescas de la guerra, se vio inerte y sin esperanza frente a una de esas grandes fuerzas universales, que, con la duración de la guerra y la seguridad de la derrota proliferó en proporción inmensa: la vileza humana. Los exponentes de los viejos valores, embañados en su promesa de mandar y servir, hubieron de sucumbir en la resistencia o caer deshechos en el sufrimiento y la desesperación.

Quedó así, para el Ejército Federal —la nueva Bundeswehr— despejado el problema de la transformación del viejo tipo de Estado Mayor General. La misión de dirigir un ejército especializado por Estados Mayores de mando planteó condiciones que no permitían ya un enlace o una evolución sobre la base del tipo tradicional. Se podrá adoptar su ética del servicio y el deber, pero su rasgo característico, su autoridad anónima, no podrá ya restablecerse. La técnica pone límites a lo individual. Quedan, naturalmente, posibilidades de influjo en la jefatura por parte del Estado Mayor, pero no cobrarán nunca ya el nivel de la relación personal de la decisión y la responsabilidad. El viejo dios de las batallas ha muerto. Y la en un tiempo clásica definición de la guerra como la continuación de las relaciones políticas con la mezcla de otros medios, ha muerto con él. Pues el recurso a "otros medios" no significa hoy ya mezcla, sino exterminio.

Los medios de la perfección técnica han creado e impuesto para el soldado una nueva moral, una moral paradójica. Su existencia ya está sólo justificada por la finalidad de librar al mundo de la guerra de la destruc-

ción por los productos de una ciencia y una técnica desenfrenadas. Esto plantea al oficial de Estado Mayor del presente, exigencias no menores de preparación militar-técnica y científica, práctica y económica, para el servicio del ejército de una sociedad de masas industrial e igualitaria.

El cronista relatará su historia, sus hazañas y sus defectos, sus triunfos y sus fracasos. Pero al ser el anonimato su más entrañable carácter, su historia íntima permane-

cerá anónima. El conocimiento de este carácter se extinguirá con aquellos que aún lo experimentaron en sí mismos. No legan su experiencia a la ciencia, sino al "espejo de la recreación poética", pues los orígenes de esta experiencia estaban fundados "en poesía".

El viejo tipo de oficial de Estado Mayor procedía de la época de la personalidad. Fue un fenómeno único de la historia prusiano-alemana en la hora universal del clasicismo alemán.

## PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

*Anales de la Universidad de Chile.* Director: Alvaro Bunster. Secretario de redacción: Miguel Rojas Mix. Nº 131. Julio-agosto 1964. 279 pp.

Un pescador tarasco jorobado que marcha apoyándose en una caña y pisa un pez de doble cabeza, que seguramente es agüero de éxito de pesca antecede en la portada a esta última entrega de la más que centenaria revista que ahora se ha abierto constantemente hacia la creación literaria: poesía y teatro principalmente. El sumario es el siguiente: "¿Le tenemos miedo a Albee? (tentativa de autocritica frente a nuestra situación cultural)" por José Echeverría; "El tema de la muerte en Alturas de Macchu Picchu de Pablo Neruda, por Mario Rodríguez Fernández; "Shakespeare, el escritor", por Rodolfo Rojo; "La controversia acerca de la paternidad de las obras atribuidas a Shakespeare", por H. N. Gibson; "Los Culpables: esbozo dramático", por José Ricardo Morales; "Posición de la ecología en la ciencia y en la sociedad actual", por Francesco di Castri; "Angel, marino azul" (dos sonetos), por Juvenio Valle. En la sección "Notas y comentarios" se distribuye en homenajes a Shakespeare y Neruda; Los estudios griegos en Chile (a propósito de una traducción de Los trabajos y los días) y Crónica cinematográfica. Finalmente, una nutrida sección de notas bibliográficas, crónica universitaria, y noticia de las publicaciones de la Universidad de Chile.

*La educación en una comuna de Santiago*, por Enrique Saavedra F. (con la colaboración de un grupo de investigadores). Publicado por el Instituto de Educación. 246 pp., más gráficos y planos. 1965.

La posibilidad de que, como parte del Planeamiento Integral de Educación, se ponga en práctica un proyecto piloto de educación en esa comuna, unido a la coopera-

ción recibida de parte de autoridades y profesorado, han contribuido a que esta investigación se centre principalmente en ofrecer sugerencias concretas para ese posible plan educacional. La intensa preocupación nacional por expandir la educación refuerza la necesidad de ensayos integrales que permitan poner a prueba soluciones adecuadas a los múltiples problemas técnicos y administrativos, antes de generalizarlas al sistema escolar del país. Este trabajo se divide en los siguientes capítulos: Metas de extensión regular; Alumnos; Locales escolares; Personal y supervisión; Asistencialidad y Estimación del costo de la expansión del sistema escolar derivado de la aplicación del plan durante los años 1965-1967.

*Ancora.* Revista de cultura universitaria. Editada por el Centro Universitario Zona Norte, de Antofagasta. Director: Mario Bahamonde S. 60 pp. Nº 1. Abril, 1965.

El propósito general de esta publicación es el de mostrar la expresión cultural del hombre del norte, insertado dentro de un espíritu que supere el mero regionalismo, el localismo negativo, y lo inserte en un ámbito de universalidad, a la vez que de desentrañamiento, con instrumentos universales, de su esencia y las perspectivas de su tierra y su creación. La primera muestra de esta revista cumple con estos cometidos, si se considera, desde luego, el sumario, y que cuenta con la particularidad de que todos los colaboradores son nortinos: "Divagaciones histórico-geográficas, donde comienza el desierto", por O'Higgins Guzmán Soriano; "La maniobra de la división Camus", por Santiago Polanco Nuño; "Costumbres regionales", por Claudio Castro; "El viejo periodismo nortino", por Mario Bahamonde; "Poesías", por Eduardo Aguirre Ortiz; "La ficha salitrera", por Luis Ross Prado; "El paisaje nortino como temática de la pintura", por Osvaldo Silva Castellón; "El azulre", por Isaías Encina; "El empampado", por Andrés Sabella; "Dimensión espiritual de una provincia", por Benigno